DESILUSIÓN

Excelsior, 20 de abril de 1932, núm. 933[149].

—Mira —con el brazo extendido, le indicaba Joaquín desde la ventana la línea de techos sobre los que el calor ponía reverberaciones deslumbradoras—. Mira como parecen hornos encendidos estos techos de zinc…

No contestó Salvador, ni siquiera levantó los ojos de los papeles que leía. De todos modos, por muchos argumentos que citase, por mucho que tratase de convencerle, él no estaba dispuesto a ir a Baguio, ni a ninguna parte. Ya se lo había dicho el año pasado y antes del año pasado y todos los años anteriores. Él, Salvador, no veía la necesidad de esos veraneos, por lo menos para personas que no habían tratado con médicos durante toda la vida. Estaba bien que los enclenques y los cazafortunas, las matronas enjamonadas y las muchachitas anémicas se diesen tono hablando de Baguio y de Antipolo en cuanto subía un poco el termómetro; él, por su lado, lo encontraba ridículo y prefería quedarse en Manila, abismado en sus trabajos de bufete. Se confesaba carente de todo sentimentalismo ya que para sus treinta y cinco años había más poesía en el descubrimiento de una nueva jurisprudencia que en todos los pinos habidos y por haber, y en todas las almas imaginables. Él tenía bastante con la altura de su propio bufete: un quinto piso sobre la arteria principal de la ciudad, desde el cual parecían hormigas los hombres que deambulaban allá abajo…

Joaquín se dio por vencido. Inútil insistir. Así era Salvador. Tenaz como él sólo, voluntarioso, inflexible cuando se empeñaba. Sólo añadió, vuelto a sentarse ya a la mesa contigua a la que ocupaba Salvador:

[149] Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Rizal de la Universidad Ateneo de Manila, que carece de paginación.

Desilusión

por Enrique K. Laygo

I

—Mira—con el brazo extendido, le indicaba Joaquín desde la ventana la línea de techos sobre los que el calor ponía reverberaciones deslumbradores.—Mira cómo parecen hornos encendidos estos techos de zinc...

No contestó Salvador, ni siquiera levantó los ojos de los papeles que leía. De todos modos, por muchos argumentos que citase, por mucho que tratase de convencerle, él no estaba dispuesto a ir a Baguio, ni a ninguna parte. Ya se lo había dicho el año pasado y antes del año pasado y todos los años anteriores. El, Salvador, no veía la necesidad de esos veraneos, por lo menos para personas que no habían tratado con médicos durante toda la vida. Estaba bien que los enclenques y los caza-fortunas, las matronas enjamonadas y las muchachitas anémicas se diesen tono hablando de Baguio y de Antipolo en cuanto subía un poco el termómetro; él, por su lado, lo encontraba ridículo y prefería quedarse en Manila, abismado en sus trabajos de bufete. Se confesaba carente de todo sentimentalismo ya que para sus treinticinco años había más poesía en el descubrimiento de una nueva jurisprudencia que en todos los pinos habidos y por haber, y en todas las almas imaginables. El tenía bastante con la altura de su propio bufete; un quinto piso sobre la arteria principal de la ciudad, desde el cual parecían hormigas los hombres que deambulaban allá abajo...

Joaquín se dió por vencido. Inútil insistir. Así era Salvador. Tenaz como él solo, voluntarioso, inflexible cuando se empeñaba. Sólo añadió, vuelto a sentarse ya a la mesa contigua a la que ocupaba Salvador:

—Si el lugar no te interesa, quizás te interesen las personas. Estarán las de Roxas, las de Reyes, las de Miraflores, las de...

Iban sonando nombres. Iban desfilando familias. Salvador se sonreía un poco irónicamente porque él, triunfador en su profesión, enriquecido a fuerza de exprimirse el cerebro, no daba importancia ni a familias ni a nombres. Su propio nombre, completamente desconocido cuando vino a Manila, era citado hoy casi todos los días por los periódicos; él lo había hecho. Y lo había hecho tan popular como estos Reyes, y estos Miraflores, y estos Roxas...

Iban desfilando familias, iban sonando nombres. De pronto, Salvador se sintió con todos los nervios tensos, vibrante de emoción.

—Y estará también la viuda de Justo Salazar...—decía Joaquín.

—¿Justo Salazar, el médico?

—El mismo...

—Pero, Justo Salazar, el médico pampangueño, ¿ha muerto?

—Sí, hombre; sí. Como se ve que no te enteras de nada...

¡Qué iba a enterarse Salvador de nada! En primer lugar, Justo Salazar era un médico oscuro de un oscuro lugar. Lo más probable era que la prensa no haya hablado de su muerte. Además, era un nombre que odiaba, que había tratado en vano de olvidar durante estos últimos doce años. ¡Justo Salazar! Injustamente, quizá innoblemente lo había odiado, con un

Reproducción del original publicado en la revista Excelsior, 20 de abril de 1932, del ejemplar existente en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

—Si el lugar no te interesa, quizás te interesen las personas. Estarán las de Roxas, las de Reyes, las de Miraflores, las de…

Iban sonando nombres. Iban desfilando familias. Salvador se sonreía un poco irónicamente porque él, triunfador en su profesión, enriquecido a fuerza de exprimirse el cerebro, no daba importancia ni a familias ni a nombres. Su propio nombre, completamente desconocido cuando vino a Manila, era citado hoy casi todos los días por los periódicos; él lo había hecho. Y lo había hecho tan popular como estos Reyes, y estos Miraflores, y estos Roxas…

Iban desfilando familias, iban sonando nombres. De pronto, Salvador se sintió con todos los nervios tensos, vibrante de emoción.

—Y estará también la viuda de Justo Salazar… —decía Joaquín.

—¿Justo Salazar, el médico?

—El mismo…

—Pero, Justo Salazar, el médico pampangueño[150], ¿ha muerto?

—Sí, hombre, sí. Como se ve que no te enteras de nada…

¡Qué iba a enterarse Salvador de nada! En primer lugar, Justo Salazar era un médico oscuro, de un oscuro lugar. Lo más probable era que la prensa no haya hablado de su muerte. Además, era un hombre que odiaba, que había tratado en vano de olvidar durante estos últimos doce años. ¡Justo Salazar! Injustamente, quizás innoblemente lo había odiado, con un odio cordial, un odio eterno, un odio que le había amargado todos sus triunfos. A lo largo de estos doce años, de vez en cuando, en las pausas de sus trabajos intensos, surgía como por ensalmo el recuerdo de aquel hombre y, a pesar del tiempo y la distancia, sentía surgir en lo profundo de sus entrañas el viejo odio, más profundo cuanto más transcurría el tiempo, más incurable cuanto más lejano parecía. ¡Justo Salazar!... ¡La viuda de Justo Salazar!...

—Sí, voy contigo a Baguio, esta misma noche —decidió Salvador.

[150] Oriundo de Pampanga, una región situada en el centro de la isla de Luzón. Su capital es San Fernando. Fue la primera provincia creada por el gobierno colonial español en 1571.

II

Doce años atrás, Salvador, recién terminada la carrera conoció a una mujer. Se llamaba Silvia, Silvia Donado. A Salvador, estudiante aplicadísimo, pues la miseria de su familia obligábale a todos los esfuerzos para precipitar el término de su carrera, habíale sido avara la vida en cosas amables. Durante todo el tiempo que duraron sus estudios, no supo jamás de una hora de alegría. Nunca Diosa Aventura se asomó a su pobre buhardilla de estudiante. Cuando llegó a los veintitrés años y con ellos al comienzo de su vida profesional, no conocía todavía a la Mujer. Esta se le reveló en Silvia.

Fue el volcamiento de toda una vida de inhibiciones. La Diosa Aventura y la Diosa Quimera, trabadas de las manos, parecieron querer desquitarse de todos aquellos años perdidos y se apoderaron de su alma por completo. Salvador se sintió un hombre renovado. Hasta se volvió sentimental. Empezó a amar los dorados amaneceres, los jardines perfumados, las fuentes parleras…

No tardó en venir la desilusión. Silvia era una mujer casada. Era, además, una mujer honrada. Pero era una mujer infeliz, atada a un bodoque que no comprendía los refinamientos de su alma y Salvador juró amarla por toda la vida.

—Esperaré… —se dijo él, con los labios pálidos bajo la presión de los dientes hincados…

Y esperó doce años.

III

Largo, diríase inacabable el camino. Salvador, silencioso en su impaciencia, renegaba del automóvil. ¿Por qué no tenía alas bajo los neumáticos? ¿Por qué no tenía la velocidad de su propio pensamiento, que se le adelantaba, que se subía a la montaña llena de pinos, que flotaba sobre todos los parajes conocidos de la capital amable y buceaba en todos los barrancos y se adentraba en todas las espesuras, en busca

"Se quedó petrificado, con el aliento suspendido."

de la mujer? ¡Silvia! ¡Silvia! No la había visto por muchos años, por eternidades de años. Pero en la imaginación de Salvador, se borraba toda noción de tiempo y espacio y surgía, real como de hoy, la escena del primer encuentro. Toda bella ella, en la Luneta Nueva, cerca de las rocas; todo tremante él, ante la revelación de esta cosa tan nueva para él que era la Mujer. En aquel momento, que para él resumía todos los momentos, se hubiese dicho que volvía él a nacer porque ya no podía llamarse vida la que hasta entonces había vivido, sin conocerla. La Vida —en mayúscula— era ésta que se le brindaba en los ojos de esta mujer…

Y ahora, volvería a verla. ¿Cómo sería? ¿Habría cambiado? ¡Oh, aquellos labios plegados en una eterna sonrisa, aquella piel satinada, que se diría hecha de los hilos más finos de todas las sederías, aquel cuerpo…!

—¡Eh!, Salvador, que te duermes… —bromeó Joaquín…

—Estúpido… —sólo contestó Salvador. ¡Se dormía! ¡Qué lejos estaba este buen compañero de saber que lo que él hacía era lo que nunca había hecho: soñar…!

IV

Se quedó petrificado, con el aliento suspendido. ¿Era posible? ¿No le engañaban los ojos? Esta Silvia, que le estrechaba cordialmente la mano, era la misma Silvia de doce años atrás, toda bella en la Luneta Nueva, cerca de las rocas? Envejecida, enflaquecida, claramente enferma, era cualquier mujer menos la Silvia por la que había estado esperando doce años largos. En pleno mercado, se habían encontrado y Salvador tuvo que hacer un esfuerzo tremendo de memoria para reconocer en esas ruinas que veía a la mujer en que había soñado tanto. ¡Doce años perdidos, pues! ¡Doce años de odio inútil contra el marido, contra el infeliz que no le había hecho ningún daño, y todo para venir a parar en esto, el desencanto de la realidad ante la ilusión que se esfumaba, el asco que no podía menos de sentir ante la visión demacrada!

Se despidió con cualquier frase banal. Casi rehuyó el contacto de la mano que se le extendía cordial. Y rápido, decidió, ante la estupefacción de Joaquín, que no comprendía nada:

—Me carga Baguio. Volvemos inmediatamente a Manila…